



EL

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Instruccion: por D. A. Pirala.—A una Pastora (poesia), por don Carlos Rubio.—Album de mis Recuerdos (conclusion), por Maria.—Escursion Primavera, por don Antonio Arnao.—Teatros, por Adan.—Explicacion del Figurin.

INSTRUCCION.

Consejos de una madre á su hija, por la Marquesa de Lambert.

Nada de cuanto pueda enaltecer á una jóven pasaba desapercibido á la ilustrada penetracion de la marquesa, á la juiciosa observacion de la madre: por eso la vemos tan escrupulosamente detallada, tan completa. Si algo podia descuidar la escritora, nada pasaba á la madre: solo reuniendo este doble carácter son tan cumplidos y escelentes sus consejos, tan estimables sus escritos.

Ella que procuraba alentar las justas y risueñas esperanzas de la juventud, decia á su hija que el amor propio ocultaba y disminuia los propios defectos; que vivimos con ellos como con los olores que llevamos, que no los percibimos, y solo incomodan á los otros. Miramos nuestras imperfecciones con los mismos ojos con que miramos las de los demas; examinemos nuestro carácter, y si bien conoceremos nuestras faltas, no dejaremos de hallar alguna virtud.

Hé aquí entonces justificada esa especie de

amor propio que hace dignas á las personas; ese amor propio que debe poseerse porque está basado en las virtudes que se muestran sin ostentacion, que se ejercitan sin violencia.

No hay jóven que deje de tener alguna virtud que le favorezca, y con la cual podria destruir sus defectos. Para esto la moral, que no tiene por objeto destruir la naturaleza sino perfeccionarla.

Ella enseña á la que busca la gloria, que se sirva de ella para elevarse sobre las flaquezas de su sexo y evitar los defectos que puedan humillarle. En cada desarreglo del corazon hay unida una pena y una vergüenza que incitan á dejarle. Si eres tímida, muda esta flaqueza en prudencia, para que te impida cometerla. Si eres gastadora y gustas dar, es fácil convertir la prodigalidad en generosidad: da á tiempo, y con eleccion: no olvides á los indigentes: ten cuidado de los pobres: presta en las urgencias y da á los que no te pueden pagar: de este modo se cede á la inclinacion haciendo buenas acciones, pues no hay flaqueza alguna que queriendo deje de aprovechar la virtud para algun buen uso.

En las aflicciones que causa la adversidad, ó en las que hagan conocer á la mujer su poco mérito, en vez de irritarse y de oponer la opi-

nion que tenga de sí misma á la injusticia que juzga la hacen, piense en que las personas que se la hacen están mas en estado de juzgar mal de ella que ella misma, y que debe creerlas antes que á su amor propio, que es solo un adulator en lo que atañe á uno mismo. Así se vé que nuestro enemigo suele estar mas cerca de la verdad que uno mismo, si la enemistad no es indigna. A nuestros ojos no se debe tener mas mérito que el que se tenga á los ojos de los demas.

Practicando estos preceptos generales, nada mas fácil que vencer los vicios del espíritu, y para esto, el primer cuidado debe ser el perfeccionar el corazon y los afectos, para tener virtud segura y durable, para verse dignamente caracterizada, para ser feliz.

Tal es nuestro anhelo, y por eso nuestro interés en hacer resaltar los sentimientos de una excelente escritora, de una madre virtuosa, de una bienhechora de la humanidad. Si alguna vez tenemos la osadía de unir nuestros pensamientos á los suyos, no es por darles fuerza, sino para demostrar, ó que son los pensamientos eternos de moral, ó que no hemos hallado otros para competir con ellos.

Este es el enaltecimiento de la verdad: siempre una!

A. Pirala.

LITERATURA.

A UNA PASTORA.

Pastorcilla, pastorcilla
la de los rubios cabellos,
¿Por qué con ellos me prendes
si te enoja verme preso?

Finjes que sales al prado
á apacentar tus corderos,
Mas con salteadores ojos
Sales á robar deseos.

Yo lo ví por mi desdicha,
y en desgraciado momento
te hallé y perdí vida y alma,
¡Mal haya tan triste encuentro!

En vano yo te he pedido,
no libertad, que ni aun quiero
ser libre; tanto pastora
prendiste mi entendimiento,

Sino solo que me admitas
por tu humilde prisionero,
y ya que preso me tengas
me dejes vivir al menos.

Tú, mi adorada enemiga,
te burlas de mis tormentos,
y doblando mis cadenas
dices:—Véte, no te tengo.

Tú con mis dolores gozas,
viéndome de sed muriendo
á otros ofreces el agua
y á mí me obligas á verla.

Al reo que no confiesa
se le sujeta al tormento,
¿Pero por qué en él me matas
si estoy rendido y confeso?

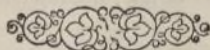
Acaben ya tus rigores
cura la herida que has hecho,
y agradézcate el alivio
pues que mi mal te agradezco.

Pero es en vano mi llanto,
que en vano ablandar pretendo
á lágrimas una roca,
un bronce á suspiros tiernos.

Siga tu rigor pastora,
Siga mi dolor eterno,
y de constancia á la selva
sirvanos ambos de ejemplo.

Sé constante en despreciarme,
yo en adorar tus desprecios,
tú en mudar como la luna,
yo en amar hasta mis celos.

CÁRLOS RUBIO.



ALBUM DE MIS RECUERDOS.

PÁGINA PRIMERA.

LA OFRENDA DE FLORES.

(Conclusion.)

VIII.

A principios del invierno de aquel mismo año fuimos á ocupar de nuevo nuestra casa de la ciudad; muerto José, nuestra permanencia en el campo solo podia ser voluntaria, y siempre aconseja el instinto del corazon huir de los sitios en que éste ha padecido.

Todos nosotros, sin embargo, recorrimos con lágrimas en los ojos los soberbios salones de la quinta: yo visité hasta los mas apartados rincones con profunda tristeza, sin poderme dar cuenta de mis propios sentimientos, como dice el príncipe de nuestros poetas:

Siempre, aunque sea una cárcel,
Hay un rincon ignorado,
Dó alguna vez se ha gozado
Un instante de placer;
Y al dejarle para siempre
Conociendo que le amamos,
Un *adieu* triste le damos
Sin podernos contener.

Estos versos, que leí poco tiempo despues, me esplicaron lo que pasaba entonces en mi alma. . . .

Germana habia partido con su niño hacia ya un mes, llevando el encargo de presidir los preparativos que para recibirnos se hacian en nuestra casa.

En el alma ardiente y entusiasta de la gitana, era la gratitud una especie de religion, sintiéndola entonces por la vez primera, porque la única muestra de la caridad humana para ella fueron los beneficios de mis padres.

Así, pues, no conocia límites su pasion hacia nosotros, y por nada del mundo se hubiera separado del suelo en que morábamos, y del cielo que nos alumbraba.

Luego que nos instalamos en nuestra casa, Germana fué á vivir en una pequeña habitacion, buscada y alhajada de antemano por mi madre en una calle muy cerca de la nuestra: bien hubiéramos querido todos tenerla á nuestro lado, pero el orgu-

llo de la gitana la hacia desear con ardor el poderse ganar la subsistencia con su trabajo: ademas aquella jóven con su niño constituian una familia, y necesitaban cierta libertad.

Si pasais hoy por la capital de Aragon, y visitais las solitarias calles que hay detrás del convento de Canonessas del Santo Sepulcro, vereis en una de las mas estrechas una casita blanca de un solo piso; los habitantes de ella son, una mujer de treinta y seis años de edad, y muy bella todavia, y un niño que va á cumplir dos lustros; son Germana y su hijo José Maria.

IX.

Cuatro meses há que fui á despedirme de Germana, porque debia abandonar el suelo en que nació.

Era una helada mañana de invierno, y apenas las ocho. La encontré sentada junto á una mesa, y haciendo repetir á su hijo, arrodillado delante de ella, las oraciones que ella iba leyendo en voz alta en su devocionario.

La taza, la cuchara y la bandejilla de plata de José, rodeadas de una corona de margaritas artificiales, flor predilecta de mi hermano y mia, se veian sobre una mesa, y debajo de un limpio fanal.

Como siempre que veia este dulce recuerdo, se llenaron de lágrimas mis ojos, que me apresuré á enjugar al oír un grito del niño, que siendo el primero que me vió corrió hacia mí.

—¿Quereis acompañarme al cementerio, Germana? dije á su madre cuando me hube sentado; voy á despedirme de mi hermano.

—¡Vaya, pues no ha de querer mamá? exclamó el niño: como que ahora mismo íbamos nosotros á emprender la caminata.

—¿Cómo, ibais allá?

—¡Sí, vamos todos los dias!

Al oír esto, miré á Germana, que sonrió triste y dulcemente, haciendo un signo afirmativo con la cabeza, al mismo tiempo que se dirigia á tomar su mantilla.

Un coche nos esperaba á la puerta: subimos á él, y media hora despues, estaba rezando en las tumbas de mis abuelos.

La gitana permaneció en pié detrás de mí, inmóvil y silenciosa, con su hijo cogido por la mano. Aquella alma permanecia helada para todos aquellos á quienes nada debia: ella no habia conocido á mis abuelos, y los mármoles que tenia á la vista nada decian á su corazon.

Despues de algunos instantes de oracion, me

levanté para dirigirme á la tumba de mi hermano, seguida de Germana y de su hijo.

¡Ah, qué sorpresa tan grata y dulce experimenté al contemplarla!

La pequeña losa de mármol blanco, estaba rodeada de una cerca de boj verde y recortado: cuatro macetas de porcelana, llenas de siempre-vivas, adornaban los cuatro ángulos de la piedra funeraria, y dos enormes yedras se enlazaban en un arco de junco, formando un verde dosel; una corona de azucenas y margaritas artificiales, ya un poco ajada, se veía encima de la losa, sobre la cual inclinaba sus ramas llenas de pálidas flores un soberbio rosál de Bengala.

—¿Quién ha echo esto? pregunté á la gitana, señalando aquel fúnebre y poético jardín.

—Yo, señorita, contestó ella que ya se había dejado caer de rodillas volviendo hácia mí su rostro bañado en lágrimas, yo que presentia que ni vos ni vuestros padres volveríais á este sitio tan doloroso para vosotros: yo, que no quería que el sepulcro del ángel á quien debí tanto bien, quedase olvidado. Yo he plantado este jardín, para que vengan los pájaros á saludar esta tumba con sus cantos, y para que formen sus nidos entre estas hojas: durante la estación de las flores traigo todos los días á vuestro hermano margaritas y azucenas, del mismo modo que os llevo á vos un ramo, y cuando los rigores del invierno las mata, las fabrico artificiales, porque quiero que sus ojos se alegren en el cielo al ver sus flores favoritas.

Al acabar estas palabras hizo la gitana una seña á su hijo, que vino á arrodillarse en el sepulcro: después abrió una caja de cartón que llevaba debajo del brazo, y pronunció con su dulce vocecilla estas palabras:

—Recibe ¡oh bienhechor mio! estas flores que mi madre y yo te ofrecemos, y ruega por nosotros al Señor.

Y quitó de la tumba la corona de margaritas artificiales, poniendo en su lugar la que contenía la caja, que era nueva y estaba trabajada con sumo primor.

Yo abracé á Germana, y nuestras lágrimas se confundieron; la grandiosidad de su alma me inspiró una especie de admiración mezclada de respeto. ¿No era en efecto admirable una tan tierna gratitud, y un recuerdo tan vivo hácia un niño de tan corta edad? ¿No valía más que todos los tesoros del mundo aquel corazón que sabía conservar durante tantos años la memoria de un beneficio: no significaba una abnegación sublime aquella ofren-

da de todos ignorada y por nadie agradecida? . . .

Junto al sepulcro de José estaba el del hijo de la gitana, guardado por otro vallado de boj, y adornado también con algunas flores: empero aquella humilde tumba contrastaba con la de mi hermano, como si la gitana, con ese instinto delicado y noble innato en ella, hubiese querido que se distinguiese la tumba de su hijo de la de su bienhechor.

Allí lloramos también las dos, y luego nos levantamos para abandonar aquel lúgubre recinto. Antes de dejarle para siempre, fui á postrarme de nuevo sobre la tumba de José, cuya piedra besé mil veces, sollozando amargamente.

Germana me levantó en sus brazos.

—No lloreis, señorita, me dijo en su poético lenguaje; mi hijo y yo hablaremos todos los días por vos á vuestro hermano; mientras yo viva, ni un solo día faltará en su tumba nuestra ofrenda de flores, á la que añadiré una rosa en nombre vuestro: cuando yo muera, mi hijo cumplirá este dulce y sagrado deber.

Yo estampé mi último beso en aquella tierra bendita, y salimos del cementerio.

X.

Aquella noche me separé de mi familia, al poner el pié en el estribo del carruaje, que debía conducirme á la corte, me sentí abrazar fuertemente, y unos labios dejaron en mi frente un apasionado beso. Era Germana.

Yo la abracé también, y murmuré á su oído.

—No olvideis la ofrenda de flores.

Ella meció la cabeza, y su hijo me envió su postrer beso en el extremo de sus dedos.

No hace mucho se me ha asegurado que ni un solo día falta la gitana, acompañada de su hijo, á poner sobre el sepulcro de José su poética ofrenda. ¡Nobles y buenas criaturas! Dios os guarde en el cielo tantas coronas como flores habeis puesto en la tumba de mi querido hermano!

MARIA.

Madrid, 1856.



ESCURSION PRIMAVERAL.

Habíame salido agobiado de Madrid. Nuestra coronada Villa es sin disputa una segunda Babel; y por lo tanto, la vida agitada que en ella se devora, cuadra muy mal al corazón que no está por el estruendo, ni por el fausto, ni por la algazara, ni por la mentira. Justamente al mío le sucede lo propio. Ni aquellas calles que solo dejan ver un pedazo de cielo angosto y largo, semejante á la cuenta de la compra ó de la lavandera; ni aquellas casas en que moran toda clase de vivientes, encajonados como drogas en droguería; ni aquellos árboles que solo sirven para atestiguar que se abonan con oro y se riegan con sudor; nada en fin de lo que da en llamar la atención de todo provinciano en la corte, satisfacía á mi humilde individuo. Escepto un reducido número de objetos positivos y de condiciones morales, que constituyen á Madrid en corte, lo demás lo rebaja á mis ojos como á un cortijo de grandes dimensiones. Eso va en gustos.

Alguien dirá que semejante modo de ver las cosas es erróneo, y hasta si se quiere antisocial. Mucho podría contestar, pero como no se trata de polémica sino de relatar buenamente algunas impresiones sueltas de viaje, seguiré punto por punto el rumbo que tenía trazado á las presentes líneas.

Decía, pues, que estaba agobiado en la corte, y decía la verdad. El espíritu de compra y venta que anima á aquel cuerpo sin alma, y la carencia total de una naturaleza fértil y risueña, predisponían lo bastante mi ánimo para desear esplayarlo en otra comarca que le brindara con mas encantos y seducciones. Por otra parte el desengaño, que es el único árbol que en semejante país crece pomposo, me habia favorecido con copiosísimos frutos. «Busca, me dije á mi mismo, busca, aunque sea por breves dias, otra atmósfera que te reanime; otro aire que inocule en tu pecho la vida que se escapa de él, como se escapa el perfume de una flor que aja el contacto de una mano impura.» Y convencido de que me faltaba espacio para volar, arreglé mi maleta de viajero, y como pájaro que recobra la libertad, me dirigí á una provincia del Mediodía, sin volver la vista atrás, ni siquiera por un momento.

Desde que salí de los angostos muros en que me habia visto encerrado, todo me fué bien. Y en realidad no me faltaba motivo para ello. Cada paso que daba infundía en mi pecho nueva animación. Suponte, lector, que dejaba mi morada, de unas

cuantas varas cuadradas de estension, y me encontraba, á las pocas horas, y merced al ferrocarril, nada menos que en mitad de las espaciosas llanuras de la Mancha; suponte que al cielo raso de mi celda sustituía otro tambien raso, que por lo grande parecia todo un hemisferio; y que además de esto trocaba el condensado ambiente de los cafés, por el ambiente puro de aquellas llanuras en que las mieses semejan un Océano; suponte todo esto, y comprenderás cuánto ganaria en el cambio.

Después de haber llegado en pocas horas á Albacete, gracias á Salamanca, tomé mi correspondiente asiento de cupé (como si dijéramos de observador) en la diligencia, y volví á comenzar mi marcha hacia la bella ciudad que ostenta en su escudo siete coronas, y que en cuanto á una naturaleza lozana y halagüeña, ciñe sobre todas la corona de la hermosura.

Dirigíame á Murcia, mi país natal. Y aquí, si yo fuera poeta, y no como quiera poeta de los amanerados versificadores del día, sino miembro de la familia de los Byron y Lamartine, te diría muy buenas cosas acerca de esta agradable ciudad que la naturaleza y los hombres colocaron en un rincón de España. Te diría que estendida á lo largo de un valle floreciente, que forman dos cordilleras, parece sultana recostada en alfombra persa entre dos guardias que velan su sueño. Te diría que el río que resbala á sus piés, parece un amante postrado á sus plantas; que sus flores y sus brisas exhalan aromas como el aliento del genio del amor y de la poesía. Todo esto, y mucho mas te diría á ser yo poeta, pero como no lo soy, hé aquí que me callo; y solo te encargo, si tienes gusto y dinero, que le hagas un viaje de algunos dias, seguro de que me confesarás ser tan bella esta reina del Segura, como yo escaso de colores para dibujártela.

Una vez en ella, y después de haber abrazado á los amigos que habian salido solícitos á recibirme; reanimado ya del todo con el ansiado reposo de la casa paterna, traté de aprovechar el tiempo que me permitía tan ligera escursión; y al efecto visité de nuevo los pueblecillos y lugares mas poéticos de sus cercanías. ¡Cuántas horas agradables me pasé en tan halagüeña peregrinación! Aquellos restos árabes, aquel cielo oriental; todo lo que me rodeaba me reconcilió en la alegría. Pero voy á concretarme á una de mis escursiones.

Hallábame una tarde paseando por las orillas del río, cuando ví marchar á lo lejos á mi amigo Carlos, pues bien decían que él era su estudiado garbo y su elegancia peculiar. «Carlos es» dije en-

tre mí, y redoblé el paso para alcanzarle. Poco tardé en conseguir mi objeto, porque él caminaba con su ardor de costumbre, con solo la pausa que creía marcada por las reglas del bien parecer.

Pero tú, lectora, no sabrás quién es, ni cómo, mi amigo Carlos; y supuesto que es todo un buen muchacho, voy á trazarte unas cuantas líneas para que le reconozcas cuando le encuentres en tu camino, seguro de que no te desagradará su presencia.

Es el tal Carlos un joven, como si dijéramos ya marcadito, puesto que ha salvado la funesta barrera de los treinta años. Y llámola funesta, porque los treinta años son el límite desde el cual el hombre, dirigiendo su vista á derecha é izquierda, vé en una parte la lozanía, en otra la madurez: en aquella las ilusiones, en ésta las realidades. Y como suele suceder que las últimas son tanto mas negras, cuanto las primeras fueron mas sonrosadas, hé aquí que la vida, pródiga en su primera mitad de quimeras risueñas, no lo es menos en la segunda de tristes desengaños. Pero sea como quiera, á Carlos no sucedía así. Dos ó tres docenas eran para él lo mismo. Si antes amaba, creía, vivía descuidado, y atildaba su persona, á la sazón hacia lo mismo, mismísimo. Porque has de saber que Carlos, aunque de baja estatura, es airoso y pulcro. Para él un buen frac es tan difícil de hacer como la Iliada. La curva de su bigote castaño requiere tanta gracia como el contorno de un brazo de la Vénus de Médicis. Una ligera mota en su pantalon *satin* le desconcerta: el menor desórden en sus cabellos le encoeriza.

Con tales antecedentes y las consecuencias que puedes deducir, espero, lectora, que le reconozcas.

Travé con él una animada conversacion, y en ella supe, que Luisa, su última amada, le habia jugado una mala partida. ¡Rareza! Era el caso que un cierto amiguito de la casa, como si dijéramos un primo, que pasaba por Murcia para ir á unos baños inmediatos, habia dado en cobrar afición á la niña que nada tenia de fea. Aparentaba ésta aborrecerle, pero lo cierto es que los niños y los papás iban en breves dias á emprender juntos el mismo viaje. Picaba esto á Carlos, y no andaba desencaminado, porque al fin y al cabo, diz que el tal amiguito tenia muy buenas peluconas, las cuales son pícaros enemigos en amores.

Otro hubiera tratado de no presenciar una derrota probable; pero él, diestro en amantes escaramuzas, resolvió volar al lugar del peligro.

—Mañana, me dijo atusándose el bigote, salgo para los Baños de Alhama. ¿Me sigues?

—Hombre, ¡qué diantre! le contesté, ¿á qué quieres llevarme á ver derrengados, cojos y tullidos?

—No te hagas melindroso como un cortesano, replicóme incomodado.

En los baños de Alhama encuentran los enfermos salud, y los sanos se divierten soberanamente. Supongo que no serás de los que creen que solo en Panticosa, ó Cestona ó Trillo, y lo que es peor en otros que encomia una moda pueril, se encuentran á un tiempo salud y recreo: esto sucede con creces en Alhama de Murcia; y tú, como otros muchos, lo ignorabas. Me parece que bien puedes venir donde hay, á mas de aguas esquisitas para los dolientes, lindas muchachas para los sanos.

—Calla, no prosigas, esclamé. Tu última razon me convence absolutamente.

Nos separamos, y aquella noche dispusimos nuestro equipaje. Una de las diligencias que con frecuencia corren las seis leguas que hay desde la capital á los baños, debía trasladarnos á ellos al siguiente dia. La afluencia de viajeros no nos dejó billete, y resolvimos ir en nuestros sendos caballos.

Acababa de asomar por el Oriente la rubia aurora de una de las tranquilas mañanas de Abril. La aurora en estos paises es verdaderamente como de otros mienten los poetas, todo oro y perlas. Carlos y yo, precedidos á estilo del pais, de nuestro buen Francisco, que caminaba con su larga escopeta al hombro y su repleta canana al cinto, atravesábamos el sólido puente de piedra que separa la voluptuosa ciudad de Murcia del alegre barrio llamado de San Benito. Las campanas de sus torres saludaron al mismo tiempo la aparicion del nuevo dia, tocando el *Angelus*, que con verdadero gozo dirigimos á la Reina de los Cielos. Solo el murmullo blando de las aguas del sosegado Segura, que acariciaban sus margenes frondosas, acompañaba nuestra plegaria al abandonar aquella deliciosa hija de las flores.

Cruzamos largo rato bajo la bóveda de cupudos árboles que bordan por grande trecho las dos orillas del camino nuevo. Durante hora y media anduvimos sin cesar por medio de una vega, cuyos perfumes conducia el ambiente de la mañana; dejándola luego para atravesar una campestre llanura de cerca de tres leguas de estension.

(Se continuará.)

ANTONIO ARNAO.

TEATROS.

Profesion de fé, que aquí no está en su lugar, porque este artículo nada tiene que ver con los que le han de seguir.

Si, lo que Dios no permita, mis artículos no os merecen, bellísimas lectoras, mas que tédio é indiferencia, no me culpeis á mí, no me supongais causa de vuestro enojo; culpád únicamente al Director del *Album*, que benévolo en demasía, me ha encargado de esta seccion.

Esta es mi profesion de fé, que vale tanto como otra cualquiera, en estos tiempos en que, faltando la fé, sobran las profesiones.

I.

La Vaquera de la Finojosa.

Los teatros van á abrirse, y digo van á abrirse, porque las funciones dadas estos días en el del *Príncipe* no han tenido otro objeto que presentar un drama y una novel actriz.

Y á propósito: el drama es la *Vaquera de la Finojosa*, y la actriz, es decir, la Vaquera, la señorita Candida Dardalla, hija del actor que conocemos todos como el *non plus* de lo macareno.

El drama está escrito en la antigua fábula castellana, y Dardalla representa á Jorge Manrique. Este es un contraste que hubiera hecho bailar de gusto al mismo Jorge, de quien no se dice que fuera apasionado al baile. Sin embargo, aquel actor impetró la indulgencia del público, y el público se la otorgó.

El argumento de la obra es sencillísimo; pero la galanura de la versificación, alguna que otra peripecia de efecto, y el carácter de cierta ridiculez, altiva rica-fembra gallega, hacen que se escuchan con gusto los tres actos de que consta. La vaquera adora al marqués de Santillana, y éste á la vaquera; la rica-fembra combate el proyecto de su sobrino, que lo es el mismo Santillana, de unirse con aquella en matrimonio; el padre de la enamorada doncella, esclavo del honor, quiere matarla porque la encuentra en el castillo del amante, adonde fué imprudentemente, y se cerciora de su deshonra, viendo el cinturón de *barragana*, que la malvada rica-fembra la envió con ánimo de perderla é imposibilitar la boda; pero, como siempre sucede, la verdad se descubre, y todos quedan unánimemente felices y satisfechos.

El asunto no es de gran novedad, pero está

muy bien tratado, y así demuestra sentirlo el público, que aplaude repetidas veces durante la representación. Débese este drama á la afortunada pluma del señor Eguilaz.

II.

* Los teatros escitan este año gran curiosidad.

La compañía que en la última temporada actuó con grande aceptación en el ya citado del *Príncipe*, pasa al del *Circo*; compónenla Arjona, Romea, Guzman, Lumbreras, Boldum, sino estoy mal informado, Tamayo, García, y otros actores de menos valer, con el poderoso auxilio de la eminente Teodora, la simpática Carrasco, la aplicada Amalia Gutierrez, la Campos y otras; empezará sus tareas del 20 al 24. — En el *Circo*, veremos este año representadas por tan selecta compañía, las mejores obras del repertorio de nuestros célebres dramáticos antiguos, y algunas que sabemos haber escrito ó estar escribiendo acreditados autores. La variedad de funciones, lo módico de los precios, que son los mismos establecidos por la empresa de aquel Coliseo en los últimos años, y la comodidad de las localidades, nos inclinan á creer que la empresa actual no se sacrificará en vano por merecer los favores del público.

Para el del *Príncipe* que, como ya sabrán mis lectoras, corre por cuenta, segun dicen, de autores dramáticos, se está formando una compañía con los Osorios, que definitivamente se han decidido á permanecer en la corte, Pizarroso, Calvo, si acepta las proposiciones que se le han hecho, y actrices como la Cairon, nueva en Madrid, y la Rodríguez, separada este año por primera vez de la empresa de Arjona; la Sampelayo, la Tutor y otras. Esta campaña no se sabe, por mas que ya se aventuren fechas, cuando comenzará á funcionar; pero si se tiene noticia exacta de las primeras obras que se pondrán en escena, entre las que veremos *Los hugonotes*, *La llave de oro*, *La pluma y la espada*, *La llave y el guante*, y *Catilina*. Segun personas allegadas á la empresa aseguran, en este teatro serán admitidas todas las obras de verdadero mérito: el esclusivista pandillaje, de que se suele dar ejemplo en los teatros de España, no cerrará las puertas del *Príncipe* al talento y la aplicación.

El nuevo que se construye en la calle de Jove-llanos, y que se denominará de la *Zarzuela*, no se inaugurará hasta el próximo mes.

Algunos han indicado como oportuno darle el nombre del mismo Jove-llanos, pero no estoy conforme con esta idea; porque presumo que el célebre D. Gaspar Melchor no habia de ser, si hoy vi-

viera, muy amigo del género á que exclusivamente se dedica el nuevo teatro.

Háblase ya de la funcion inaugural como de una cosa definitivamente resuelta; yo sé que nada se sabe; lo mas probable, sin embargo, es que se empiece con una zarzuela en tres actos, llamada *El Diablo en casa*, sino concluye el señor Vega una pieza á propósito, que parece haber ofrecido. Para despues hay escritas mas obras de las que pueden representarse en toda la temporada. La Ramirez cantará si se restablece, como se espera, dentro de poco, con la Carolina D'Franco, á quien se supone próxima á contraer matrimonio con una persona conocida, y justamente apreciada en el teatro de la *Zarzuela*, pero cuyo nombre se reserva mi prudencia, la Adela Latorre, y otra señorita, que por primera vez pisa la escena pública.

El *Real* se abre el 1.º de Octubre: las notabilidades de este año son: la Penco, de reputacion universal, y Fraschini, tenor muy encomiado por los periódicos extranjeros.

En el de la *Cruz* hay motivos para creer que, seguirá dando funciones á puerta cerrada y sin luz, la compañía de ratas que desde que, antes de nacer, fallció la famosísima Opera Española, se halla posesionada de aquel local.

En el de *Variedades* habrá nueva variedad de damas y galanes, no pocas de empresarios, muchas semanas sin funcion, y muchas funciones sin gente, y ademas muchas comedias que no serán silbadas, porque una silba supone concurrencia.

En el de *Tirso de Molina* sucederá lo mismo.

Del teatro francés tendremos noticias exactas para el próximo número.

III.

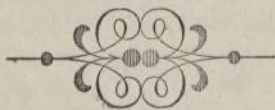
La cosa teatral promete. — (¿No se dice la cosa pública?)

Yo prometo ser imparcial, contando siempre con mi buen deseo y mis escasas fuerzas.

Ni puff ni insultos.

Si así logra merecer la benevolencia de las lectoras del *Album*, nadie mas feliz en el mundo que este pobre

ADAN.



Esplicacion del Figurin.

FIG. 1.ª *Vestido* de grós de Nápoles, verde claro, con doble falda y un jareton en cada una. Cuerpo escotado, manga casi corta, hueca y muy ancha, recogida por delante por un lazo de terciopelo negro: por debajo se deja ver otra blanca, guarnecida de puntilla de encaje.

Fichú con cuerpo, de tul negro, guarnecido de blonda y de cinta de terciopelo.

Este fichú es alto y cerrado y va guarnecido en el escote y por delante de un rizado de blonda estrecha negra, con una cinta tambien muy estrecha de terciopelo en su centro. El cuerpo del fichú es de tul, fruncido horizontalmente y cortado por entredoses desde el escote á la guarnicion que lo termina, compuesta de dos volantes de blonda, coronados de un entredos. Lleva dos puntas que se cruzan en la cintura, cayendo sobre la falda: son de terciopelo, guarnecidas como lo demas de dos volantes de blonda. La hechura de atrás es enteramente la misma á escepcion de estas puntas. En la orilla de los entredoses hay una puntilla de blonda por la que se pasa un terciopelito negro, cogido de trecho en trecho.

FIG. 2.ª *Vestido* de muselina clarin, cuerpo alto, de fruncido menudo á la cintura. Falda doble, pegadas las dos puntas al talle, y ambas con un jareton ancho, que forma mate sobre lo claro de la muselina. La manga se compone de tres volantes de muselina, fruncido el primero á la hombrera, y los tres con un jareton al que va pegada una guarnicion de Valenciennes. Cuello de la misma muselina, grande y cuadrado, que forma una especie de pelerina, y baja hasta cubrir la pegadura de la manga. Cuerpo interior muy escotado. Cinturon de cinta de seda morada, muy ancha.

Sombrero de paja de Italia de forma un poco echada atrás, con adornos de espigas y flores moradas, solamente á un lado. El ala hace punta, á lo María Estuarda, la copa es lisa. El bavolet, tambien de paja de Italia, tiene cinco centímetros y se completa por un aparato de tul, sobre el cual se colocan, de trecho en trecho, cuatro rulós de grós, color de paja, terminando con una guarnicion de blonda blanca, ligeramente fruncida. En el interior del ala, rizados de blonda blanca. Cintas de seda, á cuadros de colores morado, gris oscuro y paja.